«sentir la realidad» contra el rostro del hombre. También la alusión al desayuno: «un beso de abeja sobre el borde» del hueco de la taza, y, ciudad adelante, con el cigarrillo «durmiendo el humo entre sus pasos». El poema decae un poco luego y vuelve a elevarse cuando, en los últimos versos, se abre la posibilidad soñada de una intimidad y un amor que hacen la historia interminable. Es un poema lleno de verdad, traspasado de vida, de comprensión y, acaso, a un tiempo de tristeza y de esperanza. Sin embargo, sus altibajos son muestra de lo que vengo viendo en la obra de Manuel Pacheco.

Obra, no obstante, digna de atención, escrita con nobleza e ímpetu vocacional. Poesía muy transida de preocupaciones actuales, en la cual ese *está todavía* alude tanto a lo que debiera no estar —esto es: lo que denuncia y contra lo que clama— como a lo que aún, por suerte, queda: aquello que puede salvarnos y da cimiento a la esperanza.

L. de L.

«Antología de la poesía malagueña contemporánea», de Ángel Caffarena Such

Es difícil establecer una corriente poética identificadora, a lo largo de medio siglo, condicionada sólo por razón de nacimiento. Resulta tan complejo el mecanismo de lo poético que no puede bastar una inscripción en el registro civil. Ahora bien, la permanencia, la ambien-

tación, una común manera de vivir, unos medios de educación parecidos, pueden, acaso, marcar constantes, más o menos definidas, que si al conjunto de este libro malagueño miramos, cabe esbozar vagamente como de cierta luminosidad, gusto por la palabra bella, intimidad, delicada nostalgia, adhesión al paisaje. Pero todo tan inseguro que nos desmentiría en seguida el ardor verbal de Salvador Rueda, como nos desmentirían los romances descriptivos de Carlos de Luna o, más adelante, algunos versos del joven José Ruiz Sánchez o el neoclasicismo de otros poetas.

Todo ello lo sabe, sin duda, Ángel Caffarena Such y por eso no ha hecho una antología[1] rigurosa ni ha pretendido conclusión alguna, sino reunir en un volumen —y con el más exquisito gusto, con verdadero primor— aquellos poetas con quienes se ha sentido él, como malagueño, identificado. Por eso, acertadamente, rompe el rigor de la partida de nacimiento para contar con algunos no malagueños, aunque sí andaluces, muy *hechos* en la «ciudad del paraíso». Caso de Pérez-Clotet, de José Luis Cano, de otros, excepcionalmente justificado en Vicente Aleixandre, pues no hubo poeta, en época alguna, que cantase a Málaga como en *Sombra del Paraíso*.

Viaje apasionado por la poesía malagueña contemporánea hubiera podido ser el título de este libro. A cada línea de sus comentarios se trasluce el fervor contagioso, la veneración. Lo contemporáneo se hace arrancar del poeta de *Lenguas de fuego*, contando, tal vez, con que ya lo hizo Cano —quien

[1] Ediciones «El Guadalhorce». Málaga, 1960.

fue más lejos, comenzando en Bécquer su antología andaluza. Pero lo cierto es que para el gusto poético actual queda un poco lejos el redoble modernista. La prueba es que en cuanto volvemos la última página dedicada a Rueda, entramos en un mundo tan distinto como es la poesía de Moreno Villa.

En general, el tono que predomina en el volumen es el de la generación del 27, por sus propios autores y por otros en quienes se proyecta su sombra. Aleixandre, Prados, Altolaguirre. Y Pérez-Clotet, Hinojosa, Muñoz Rojas, Souvirón. La generación tuvo en Málaga una de sus revistas más caracterizadoras: *Litoral*. Al punto de que, llevado por su entusiasmo, Caffarena propone que la llamemos «Generación de *Litoral*».

Un acierto ha sido regalarnos, incluida en el cuerpo del propio volumen, la reproducción facsímil del número uno de aquella revista, aparecido en 1926. Vemos cómo, en efecto, el pleno de la generación formaba el cuadro de colaboradores. Y en las páginas redivivas, con ilustraciones de Cossío y de Uzelay, leemos unos poemas del aún no nacido *Romancero gitano*, otros destinados a *Cántico*, y colaboraciones de Alberti, Gerardo Diego, Bergamín, Jarnés. La curiosidad me ha llevado a ver algunas variantes hechas por Federico en su *Prendimiento de Antoñito el Camborio*. Pero no puedo registrarlas ya aquí. Debo añadir que también se rinde homenaje a la labor de la actual *Caracola*, reproduciendo, asimismo en facsímil, su más reciente entrega, y que la selección ofrece, en total, veinticinco autores.

Sólo un enamorado de la poesía —un poeta, escriba o no— podía realizar semejan-

te edición que es también obra, y esmeradísima, de Ángel Caffarena. Málaga contaba con un editor excepcional de poesía: Fernández Canivell. Junto a él, cuenta hoy con este otro.

L. de L.

«*El Rey Viejo*», de Fernando Benítez

Fernando Benítez es un escritor agudo, un cronista valiente y hombre lleno de inquietudes cuya labor en orden a los menesteres de la cultura nadie puede dejar de reconocer. Con esta su primera novela —novela de escritor en plena madurez— queda incorporado al grupo de los más destacados novelistas de México.

El Rey Viejo[1] es un relato clasificable dentro del género histórico y su acción se centra en épocas de la Revolución al consumarse el cobarde asesinato de don Venustiano Carranza, jefe del movimiento constitucionalista y a la sazón Presidente de la República.

La novela da comienzo en los días angustiosos en que el barón de Cuatro Ciénagas y los hombres que aún le permanecieron fieles se disponían a evacuar la capital a bordo del Tren Dorado donde habían de vivir hasta la consumación del crimen de Tlaxcalotongo. «Allí» en aquel tren un hombre de irreductible firmeza «celebraba consejos de guerra, recibía a los embajadores, fabricaba moneda, comía —cuando había que comer—

[1] México, 1959.